

Ucrania, Siria...

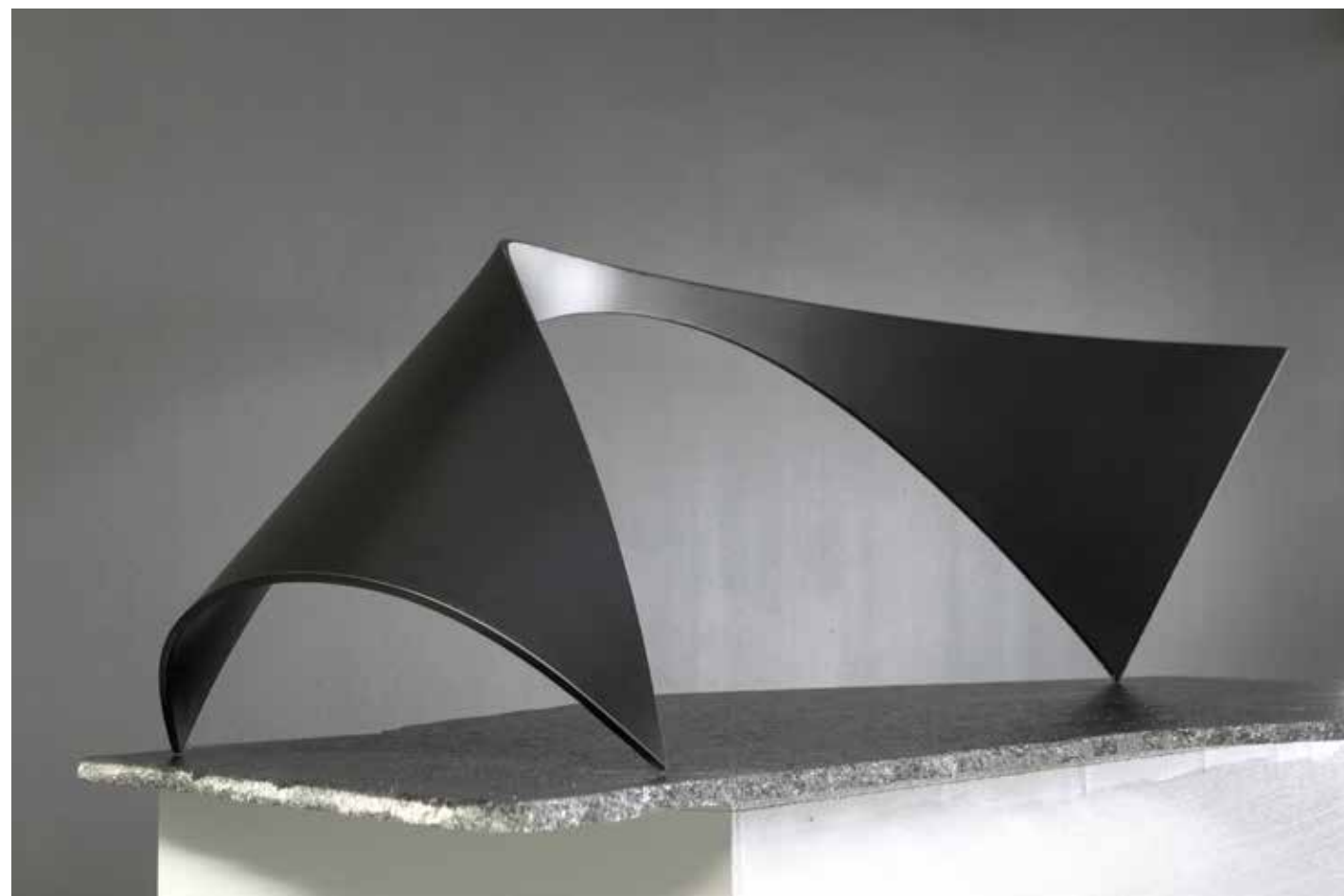
La ONU, ¿amenazada de muerte?

por Anne-Cécile Robert*

Nueva York, Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 21 de febrero de 2022. Tras haber condenado, como la mayoría de sus homólogos, la agresión rusa contra Ucrania, el embajador de Kenia, Martin Kimani, amplía sus declaraciones: “Además, condenamos categóricamente la tendencia observada estas últimas décadas en algunos Estados poderosos, incluidos algunos miembros del Consejo de Seguridad, que violan sin miramientos el derecho internacional”. Y lanza una advertencia que refuerza con un llamamiento solemne: “Actualmente el multilateralismo está moribundo. Se lo ataca hoy, así como lo hicieron otros Estados en un pasado reciente. Llamamos a todos los Estados miembro a unirse al secretario general al que le solicitamos organizar la movilización para defender el multilateralismo”.

Pocas veces se había descrito en tan pocas palabras la profundidad de la crisis internacional que se agudiza hace más de diez años y que actualmente hace pesar una amenaza existencial sobre la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Como lo recuerda Kenia en el lenguaje formal y lleno de sobreentendidos de los diplomáticos, ciertamente no es la primera vez que los principios cardinales –particularmente la prohibición del recurso a la fuerza y la no injerencia en los asuntos internos– de la Carta de la ONU son atacados sin escrúpulos por uno de los cinco miembros permanentes (5P) del Consejo de Seguridad (Estados Unidos, Rusia, China, Reino Unido, Francia) (1). La invasión de Irak por parte de la coalición liderada por Washington y Londres en 2003 figura entre los más flagrantes de esos abusos. Más recientemente, y menos advertido, el bombardeo ilegal de instalaciones químicas sirias por parte de Estados Unidos, Francia y el Reino Unido, el 13 de abril de 2018, provocó una reunión de urgencia del alto cenáculo de la ONU. “En tanto secretario general de la ONU –había sermonado en ese entonces António Guterres–, es mi deber recordarles a los Estados miembro que existe una obligación, particularmente cuando están en juego cuestiones de paz y de seguridad, de actuar en conformidad con la Carta de las Naciones Unidas y con el derecho internacional de manera general. La Carta es muy clara en relación a estas cuestiones. El Consejo de Seguridad tiene la responsabilidad principal del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Hago un llamamiento a sus miembros para que se unan y ejerzan esta responsabilidad.”

En esta primavera boreal de 2022, mientras que la agresión rusa contra Ucrania provoca la muerte de miles de civiles y precipita la partida de millones de refugiados, la ONU parece inmersa en una inédita combinación de enojo y estupor. En el Consejo de Seguridad, los mismos actores protagonizan la misma mala película de la impotencia. Aunque sumó 11 de 15 votos, la resolución que condenó el crimen cometido por Moscú –presentada, entre otros, por Francia, el Reino Unido, Noruega y Albania– fue rechazada el 25 de febrero. El veto de una Rusia aislada bastó para enterrar una iniciativa que le habría permitido al Consejo ejercer su misión de policía internacional: infligir sanciones y, tal vez, lanzar una in-



Alejandro Urrutia, Torsión lineal (acero electropintado y granito), 2020 (Gentileza Galería NAC)

tervención militar, como en enero de 1991 contra Irak tras la invasión de Kuwait siete meses antes o en 2011 contra la Libia de Muamar Gadafi.

Conflictos congelados

Se multiplican los conflictos congelados y las excesivas divisiones del Consejo de Seguridad. Particularmente desde 2011, esta instancia sólo logró ponerse de acuerdo sobre tres resoluciones humanitarias relativas a la guerra en Siria sin lograr construir una solución pacífica para ese conflicto. “Cuidémonos de que la tragedia siria no sea a la vez el fin de las Naciones Unidas”, advertía el 22 de febrero de 2018 el embajador de Francia ante la ONU, François Delattre.

Síntoma de la parálisis, la Asamblea General –que en principio no puede pronunciarse sobre una situación que trata el Consejo de Seguridad– se inmiscuyó excepcionalmente en las dos guerras (Ucrania y Siria), en virtud de la resolución “Unidos por el mantenimiento de la paz”. Ésta le permite, en caso de bloqueo en el seno del 5P, formular una opinión política acerca de una crisis, sin poder no obstante tomar medidas coercitivas, como únicamente lo puede hacer el Consejo de Seguridad. Fuertes simbólicamente, las dos condenas infligidas a Rusia en virtud de este procedimiento especial, votadas masivamente por la Asamblea General el 2 y el 24 de marzo de 2022, no pueden hacer olvidar el fracaso de los mecanismos de policía internacional previstos por la Carta de la ONU.

Mientras que el escándalo de un nuevo abuso de poder por parte de una gran potencia amenaza con destruir completamente la credibilidad de la organización,

su secretario general se contenta con hacer declaraciones solemnes. Muy activo en las redes sociales, tuitea sobre Ucrania entre otros temas de importancia como el Covid-19 o el clima. Si bien Guterres nombró al diplomático sudanés Amin Awad “coordinador de las Naciones Unidas para la crisis en Ucrania”, el primer funcionario de la ONU –a pesar de ser presentado a menudo como el “peregrino de la paz”– se concentra en la dimensión humanitaria de la crisis. Finalmente, cincuenta y cuatro días después del inicio de la guerra, el Secretario General pide reunirse con Vladimir Putin y Volodimir Zelensky. Viaja a Moscú, a Kiev y también a Turquía reuniéndose con el presidente Recep Tayyip Erdoğan, mediador en esta crisis. Por su parte, el jefe de Estado senegalés conversó en nombre de la Unión Africana, con Vladimir Putin. “Sabemos que [la ONU] es lenta y poco móvil –se inquieta Didier Billion, director adjunto del Instituto de Relaciones Internacionales y Estratégicas (IRIS) de Francia–, pero la inexistencia política de su secretario general, António Guterres, en el transcurso de las últimas semanas es cuanto menos desconcertante: ninguna iniciativa concreta ante los principales protagonistas de la guerra, ninguna propuesta significativa formulada por una organización que se supone encarna el multilateralismo y que debe asegurar la regulación de las relaciones internacionales. La constatación del fracaso es preocupante” (2).

Sin invocar la emblemática figura del secretario general sueco Dag Hammarskjöld, fallecido en un accidente de avión en el Congo en 1961 cuando intentaba impedir la secesión de Katanga (3), ni obviamente su-

gerirle a Guterres tomar tales riesgos, podemos recordar que varios de sus predecesores dieron prueba de un espíritu de iniciativa, sin detenerse ante el esfuerzo, para impedir que determinadas tensiones empeoraran. El egipcio Butros Butros-Ghali, por ejemplo, apuró una investigación sobre las masacres cometidas por Israel en Cana (Líbano), suscitando el enojo de Estados Unidos, enojo que le costó ser privado de un segundo mandato en 1996. El ghanés Kofi Annan, por su parte, viajó a Bagdad en febrero de 1998 para arrancarle a Saddam Hussein un acuerdo para la inspección internacional de emplazamientos militares cuando Londres y Washington ya amenazaban a Irak con represalias militares.

El derecho a veto

Se alzan voces –como la del diplomático suizo Jean Ziegler (4)– para pedir la supresión del derecho de veto, privilegio del que gozan los 5P. Sin embargo, esta idea, en apariencia simple, no tiene en cuenta la Historia. Si bien la creación de las Naciones Unidas en 1945 es indudablemente el resultado de las circunstancias –los estragos de la guerra y sus atrocidades–, es sobre todo el fruto de un acuerdo político entre las grandes potencias. Éstas aceptaban que, contrariamente a la Sociedad de las Naciones (SDN), la nueva organización mundial estuviese dotada de verdaderos poderes coercitivos. A cambio, recibían el privilegio de poder bloquear cada una por sí sola una decisión. Sin derecho de veto, nada de ONU. Por ende, su supresión podría paradójicamente conducir a un nuevo debilitamiento de la organización, de la que las potencias, grandes o medianas, se alejarían mientras el mundo se dividiría en baronías y en esferas

de influencia competitivas y estrictas. Sin embargo, no escasean los proyectos de reforma; algunos, por el contrario, amplían el estatus de miembro permanente a otros Estados con el fin de equilibrar geográficamente el muy cerrado club de los poseedores del derecho de veto (propuesta de la Unión Africana o del “G4” compuesto por Alemania, Japón, Brasil e India). Ninguno logra el consenso. En 2005, las propuestas de Annan –para una mejor representatividad del Consejo y un reequilibrio del poder a favor de los miembros temporales– fueron rechazadas por los 5P, precisamente protegidos por su veto que permite controlar cualquier revisión de la Carta de San Francisco (5).

El bloqueo procesal desvía la atención de lo que sin duda es el problema profundo de la ONU: la pobreza del diálogo político internacional, particularmente entre los 5P. En el caso de Siria, Rusia opuso sin temblar 14 vetos a resoluciones que preveían investigaciones sobre el uso de armas químicas o sanciones contra su protegido Bashar Al Assad. Sin embargo, si se mira con detenimiento, a menudo formuló contra-propuestas que fueron a su vez bloqueadas por los occidentales. El 20 de diciembre de 2019, por ejemplo, bloqueó un texto del Consejo (apoyado por 13 de los 15 miembros) que proponía renovar por un año la autorización de brindar socorro a través de dos pasos en las fronteras turca e iraquí. Apoyada por China, estimaba que la resolución habría validado una visión errónea y perjudicial para Damasco de las relaciones de fuerza en el terreno. Pero Moscú presentó entonces su propio texto, previendo otros puntos de entrada, que no recabó más que cinco de los nueve votos necesarios. Siendo el principio de ayuda humanitaria un dere-

cho adquirido, la discrepancia fue aquí claramente política, pero no fue tratada como tal. Al cinismo de Moscú, que cubre los crímenes de Damasco, se opone el espíritu justiciero de los occidentales que a veces dejan que la moral vampirice la política.

En 1945 los cincuenta y un países fundadores de la ONU se comprometieron a hacer de ésta el “centro que armonice los esfuerzos de las naciones por alcanzar los propósitos comunes” enunciados por la Carta de San Francisco (artículo 1, párrafo 4), es decir la paz y la cooperación económica, social, cultural o científica. Con vaivenes, la organización efectivamente organizó la descolonización, supervisó y resolvió numerosos conflictos y crisis. Sus cascos azules protegen cotidianamente a millones de personas mientras que las ayudas (alimentación, salud, refugiados) que presta –desde Ucrania a la República Democrática del Congo– aseguran la supervivencia de millones de otras personas a través del mundo. La historiadora Sandrine Kott incluso mostró que el sistema multilateral había creado discretas pasarelas entre los dos bloques durante la Guerra Fría, suscitando acercamientos de ideas constructivos y pacificadores, al punto de afirmar que, en su seno, la “porosidad de la Cortina de Hierro” la volvía más bien una “cortina de nylon” (6).

La era neoliberal

Actualmente, las grandes potencias a menudo prefieren crear estructuras “ad hoc” como el “G 20”, excrecencia del G7, o el Foro de París sobre la Paz lanzado en 2018, para solucionar los asuntos que las preocupan. “El internacionalismo de la Guerra Fría es progresivamente reemplazado por la lógica del globalismo –lamenta Kott–, es decir la puesta en competencia generalizada de los individuos,

de los grupos y de los Estados. El ingreso en la era neoliberal estuvo marcado por importantes cambios de paradigmas muy perceptibles en los espacios internacionales”. ¿Mutará la ONU en una super-agencia humanitaria, dejando la paz y la seguridad a las vicisitudes del juego de las potencias?

“Las relaciones de fuerza siempre fueron la base de las relaciones internacionales, pero en general bajo la égida de una o varias potencias dominantes que compartían reglas de conducta –constata el ex-embajador de Francia en Washington, Gérard Araud–. Hoy, el mundo vuelve a ser multipolar, pero sin reglas ni lenguaje común” (tuit del 5 de abril). Mientras los muertos se acumulan en Ucrania, la ruptura está casi consumada entre las potencias. El primer ministro británico Boris Johnson incluso sugiere suspender a Rusia del Consejo de Seguridad, incluso de la misma ONU. Sin embargo, esto requeriría una recomendación del Consejo –imposible debido al veto– o una modificación de la Carta, condicionada al voto de la Asamblea General pero también al acuerdo de los 5P. La crisis es ya una crisis abierta y general. Contrariamente a los ataques de fiebre precedentes, todo el planeta pareciera estar ahora despierto y liberarse de las tutelas históricas, es decir que la mayoría de los Estados están actualmente en medida de expresar una posición sin necesariamente acompañar las alianzas o las afinidades tradicionales. Así, si bien las dos resoluciones que condenan la agresión rusa a Ucrania lograron una muy amplia aprobación (141 votos el 2 de marzo, 140 el 24 de marzo), varios países se abstuvieron (37 y 41) o no participaron de la votación (9 y luego 5), la mayoría en África, incluidas las ex-colonias francesas, a pesar de las insistentes presiones del Quai

d’Orsay. El 7 de abril, la Asamblea General suspendió a Rusia del Consejo de Derechos Humanos de la ONU. El resultado, en vista de la gravedad de los crímenes cometidos por Moscú, habla por sí mismo: 93 a favor, pero también 24 en contra y 58 abstenciones. “La unidad recobrada por Occidente va de la mano de su relativa soledad –observa el diplomático libanés Ghassan Salamé–. En todas partes observamos una sorprendente mezcla de reticencia, de no-alineamiento, de incompreensión, de indiferencia, de una pizca de schadenfreude [alegría malsana] y, a veces, de franca hostilidad” (tuit del 30 de marzo). Mientras que las relaciones internacionales se recomponen en el desorden, la seguridad colectiva nunca pareció tan frágil desde la crisis de Cuba en 1962. En este contexto, la inacción de Guterres resulta aun más desconcertante. ■

1. Anne-Cécile Robert, “L’ordre international piétiné par ses garants”, *Le Monde diplomatique*, París, febrero de 2018.

2. Didier Billion, “La situation internationale ouverte par la guerre en Ukraine : se parer des raisonnements binaires et du prêt à penser idéologique”, 5-4-22, www.iris-france.org

3. Podría de hecho tratarse de un atentado.

4. *L’Humanité*, París, 23-3-22.

5. Informe “Un concepto más amplio de la libertad. Desarrollo, seguridad y derechos humanos para todos”, 24-3-05, www.un.org/spanish/largerfreedom/summary.html

6. Sandrine Kott, *Organiser le monde. Une autre histoire de la guerre froide*, Seuil, París, 2021.

*De la redacción de *Le Monde diplomatique*, París.

Traducción: Micaela Houston

Centros de estudios y personajes que alientan la guerra

El complejo militar-intelectual

por Pierre Conesa*

Domingo 1º de abril de 2018. La guerra civil hace estragos en Libia desde el derrocamiento de Muamar Gadafi. En gira promocional para su libro *La guerre sans l’aimer* (“La guerra sin quererla”), Bernard-Henri Lévy se expresa ese día en France Inter en relación a la intervención occidental: “Mejor si algo tuve que ver”. La afirmación traduce la triple ambigüedad de su autor: belicista pero no combatiente; propagandista del intervencionismo occidental en “guerras justas” incluso si el remedio resulta peor que la enfermedad; impermeabilidad a la crítica al punto de que se podría hablar de “intelectual de teflón” sobre el cual las desmentidas resbalan sin quedar pegadas. Por su longevidad y su peso mediático, “BHL” no es sino la parte más visible de una nebulosa de pensadores neoconservadores, expertos, universitarios, humanitarios, personalidades políticas, militantes comunitarios, periodistas y, más recientemente, militares jubilados que cumplen un rol clave en los medios de comunicación en el desencadenamiento de los conflictos contemporáneos: elegir la guerra que conviene llevar a cabo, designar al malo, interpelar al político para denunciar la inacción occidental, demostrar la “pertinencia” de

ciertas causas ignorando a la vez que su dimensión estratégica (1). Este complejo militar-intelectual ocupa un lugar creciente en los debates estratégicos desde hace unos treinta años.

Su ascenso se benefició del triple seísmo de los años 1980 y 1990. En primer lugar, la muerte del tercermundismo que ponía sus esperanzas revolucionarias en las elites recién nacidas de la descolonización y, de manera más general, de los países del Sur. Luego, la necrosis mortal de la Unión Soviética (la “Catastroïka” en 1991) y la conversión capitalista de China borraron del mapa a los dos grandes contra-modelos de la sociedad de mercado. Por último, la victoria relámpago de la Guerra del Golfo en enero de 1991: menos de 120 horas de operaciones en el terreno le bastaron al ejército estadounidense y a sus aliados para acabar con el que era presentado como el cuarto ejército mundial (nadie supo nunca cuál era el tercero).

El espectáculo de la guerra

Este acontecimiento de alcance planetario confirma la superioridad absoluta de los ejércitos occidentales, e instala el espectáculo de la guerra difundido en directo por los canales de información que se multiplican en ese entonces como un arma táctica de primerísimo orden. Pa-

ra las grandes potencias, la mediatización se revela como la herramienta indispensable para salir del anonimato y concentrar la atención universal sobre una crisis entre las cien que se desarrollan simultáneamente en la Tierra. Es tarea de los intelectuales y expertos elegir un conflicto a desarrollar y, una vez desencadenadas las operaciones, elevarlo al rango de “buena guerra”. Y satanizar al enemigo por medio de imágenes simples y comparaciones comprensibles: el “Milosevic” de Sudán (Omar al Bashir), los “combatientes de la libertad” para los muyahidines afganos, el “carnicero de Damasco” (Bashar al Assad)... También se trata de dar a conocer o darle credibilidad al o a los dirigentes de los bandos del bien: el comandante Masud en Afganistán, Alija Izetbegovic en Bosnia, el Consejo Nacional de Transición libio.

La interpelación de los responsables siempre se opera con la misma argumentación: “No podemos no...”, proferido con un tono serio simultáneamente en las redes sociales y en el estudio de uno de los cuatro canales de información continua con los que cuenta Francia (LCI, CNews, BFM, France Info) (2). Su multiplicación desde el lanzamiento de LCI en 1994 creó una formidable aspiradora mediática para una variedad de especialistas conocidos por su

notoriedad: la aparición en la televisión hace al experto más que el conocimiento del tema. En vistas de todos aquellos que desfilan ante las cámaras desde el inicio de la invasión rusa, Francia no sabía que contaba con tantos especialistas en Ucrania...

A diferencias de sus grandes ancestros (André Malraux o Régis Debray), los intelectuales mediáticos rechazan tomar las armas. A un corresponsal que le hizo la observación en Twitter (27 de febrero) de que “Ernest Hemingway y Georges Orwell habían cambiado sus máquinas de escribir por un fusil”, el filósofo Raphaël Enthoven contestó: “Una guerra se gana cuando cada uno está en su mejor lugar y yo soy (lamentablemente) más eficaz con un teclado que con una ametralladora”. Su desconocimiento de los asuntos militares es equivalente a su convicción de ser finos estrategas: un general, ex jefe de Estado Mayor de la Fuerza Aérea, le relató al autor de estas líneas cómo Bernard-Henri Lévy le había explicado cual era el camino a seguir en Libia –¡ese militar había enfrentado a las fuerzas libias en la Franja de Auzú en Chad!–.

Perder el alma

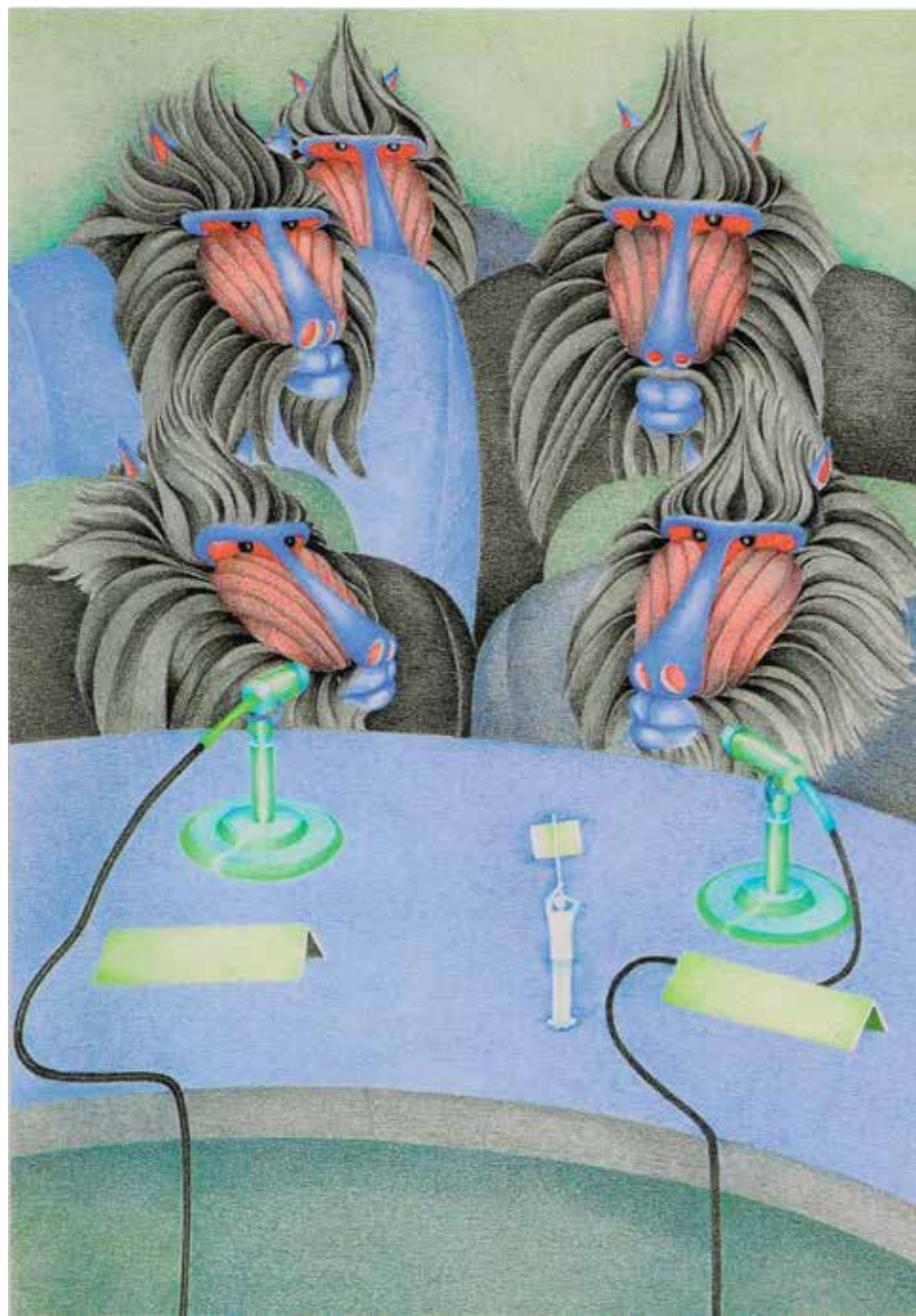
También, contrariamente a sus predecesores, los actores del complejo militar-intelectual se dedican menos a popula-

rizar su concepción del mundo, como sus predecesores, que a denunciar horrores: “Una masacre, un genocidio, una violación flagrante de los derechos humanos, si somos alertados sobre esto, si tenemos los medios para impedirlo y no hacemos nada; entonces perdemos el alma. De eso se trata, la injerencia” (*L'Express*, 9 de noviembre de 2011). Bernard-Henri Lévy, el autor de esta declaración, anunció al menos cuatro genocidios –en Nigeria, en Kosovo, en Darfur, en Libia–. Pero esta inquietud moral de la inmediatez da pie a operaciones de intoxicación. La falsa fosa común de Timisoara (diciembre de 1990), durante la revolución rumana, muestra hasta qué punto se manipulan las emociones para apresurar la caída de un régimen, favorecer un separatismo, legitimar una intervención. Así, la mediatización de una masacre (real o imaginaria) que obliga a los dirigentes internacionales a actuar precipitadamente se convirtió en una figura recurrente de las guerras modernas: el bombardeo del mercado de Sarajevo en agosto de 1995 que desencadena la intervención aérea en Bosnia; la matanza en el mercado de Racak en Kosovo en enero de 1999 (probablemente un montaje) que precipita la guerra de la OTAN contra Yugoslavia. Por el contrario, una masacre invisible en la televisión no indigna a nadie. Durante la invasión estadounidense de Panamá en diciembre de 1989, contemporánea de la revolución rumana, el ejército estadounidense les prohibió a los periodistas filmar las escenas de guerra, que causarían dos veces más muertos (alrededor de 2.000, en su mayoría civiles) que la caída de Nicolae Ceausescu. Y nadie habló de “genocidio panameño”, ni de “fosas comunes” como fue el caso en Rumanía... El ocultamiento de la guerra saudí en Yemen desde 2015, un conflicto no-elegido por el complejo militar-intelectual como digno de compromiso, ilustra perfectamente los límites ideológicos de la postura moral.

Predicciones dramáticas

A este polo más visible del complejo militar-intelectual dominado por prominentes personalidades, se opone el mundo menos visible de los “buzones de sugerencias”. El paisaje francés de las fundaciones estratégicas (3) está dominado por el Instituto Francés de Relaciones Internacionales (IFRI), creado en 1979 por Thierry de Montbrial, economista liberal y atlantista. Publica folletos, el anuario RAMSES y la revista *Politique étrangère*. De menor tamaño, el Instituto de Relaciones Internacionales y Estratégicas (IRIS) fue fundado en 1991 por Pascal Boniface, ex asesor de los ministros socialistas de Defensa y del Interior. Edita la *Revue internationale et stratégique* (trimestral) y *L'Année stratégique*. Si bien la Fondation pour la Recherche Stratégique (Fundación para la Investigación Estratégica, FRF), ampliamente financiada por el Estado, sigue una orientación francamente atlantista, el único *think tank* francés abiertamente neoconservador no tuvo más que una breve existencia: el Cercle de l'Oratoire, creado poco tiempo después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 (11-S), publicó la revista *Le Meilleur des Mondes* que contaba entre sus autores a André Glucksmann, Thérèse Delpech, Pascal Bruckner, Romain Goupil, etc.

Pero, desde la Guerra Fría, la prospectiva estratégica es ampliamente estadounidense. Estados Unidos cuenta con el mayor número de *think tanks*, seguido por China (4). Cada cuatro años, el *National Intelligence Council* (NIC) que



Valentina Cruz, *La súper tribu* (lápis color), 1975

supervisa las diecisiete agencias de inteligencia, produce un informe sobre el mundo dentro de quince a veinte años, recibido con el mayor de los intereses por la comunidad estratégica mundial.

La Catastroïka dejó en su estela a esta enorme maquinaria intelectual en estado de ingravidez. Desocupada, se dedicó a algunas predicciones dramáticas que es interesante recordar treinta años después. El concepto de “choque de civilizaciones” (5) popularizado por Samuel Huntington en 1996 dio lugar a un debate global (el libro fue objeto de treinta y cinco traducciones). El autor funda sus análisis sobre la existencia de grandes áreas culturales y religiosas y, obviamente, señala a las zonas musulmana y asiática como estructuralmente amenazantes. En 2004, el geoestratega Thomas Barnett (6) relacionaba globalización y estabilidad: todas las amenazas provenían de una especie de *terra barbaris* formada por los países no-conectados a la globalización. Dejaba de lado a Arabia Saudita, país aliado y miembro de pleno derecho de la economía-mundo, del que surgirán los terroristas del 11-S. De hecho, los equipos republicanos que llegan al poder en 2000 no le dan una gran importancia a la amenaza de Al Qaeda.

La actividad principal de esas instituciones fue durante mucho tiempo la soviología, disciplina austera que mantuvo largamente ocupadas a las revistas de política exterior estadounidenses (7). *Foreign Affairs* (1922) del *Council on Fo-*

reign Relations (CFR) preconizaba una mayor implicación internacional de Estados Unidos contra la tendencia aislacionista triunfante de la época. Se convirtió rápidamente en una referencia sobre la Guerra Fría tras el artículo de 1947 de George Kennan sobre la contención (*containment*). A partir de 1970 sufre la competencia de *Foreign Policy*, editada por el Carnegie Endowment for International Peace. *The National Interest*, fundado en 1985 por el neoconservador Irving Kristol, aboga por una política de poder fundada sobre el interés nacional. La difusión de *Foreign Affairs* es de alrededor de doscientos mil ejemplares, la de *Foreign Policy* de treinta y cinco mil, mientras que se venden entre cinco y ocho mil números del *National Interest*. Su influencia se mide por la reproducción de sus argumentos en los medios masivos.

Mercaderes de estrategia

Este importante aparato de comunicación y de publicación internacional erige a los expertos estadounidenses en mercaderes de estrategia capaces de pensar al mundo para todo el mundo: la RAND, la Carnegie o la Brookings disponen de sucursales en Europa, en los países del Golfo y en China, y sus invitaciones a investigadores y diplomáticos extranjeros a veces son consideradas por los elegidos como una forma de santificación. Estas especificidades estadounidenses suscitaron un fetichismo hacia la forma anglosajona del *think tank* (8). A menudo,

los investigadores europeos buscan la opinión de los estadounidenses acerca de una amenaza en vez de conversar directamente con los países a los que compete el tema.

En Estados Unidos como en Europa, los “expertos” cumplen un rol esencial para nombrar la amenaza y, gracias a su prestigio social, para calificarla “científicamente”. Después del 11-S, la inflación semántica explotó, sostenida por una generación espontánea de expertos “internacionales”, presidentes de observatorios o de diversos centros o “expertos en inteligencia”, que predijeron una ola de atentados químicos, nucleares o bacteriológicos. Un año después del 11-S, sesenta y nueve títulos de obras en francés contenían el término “terrorista” y doce el nombre de “Ben Laden”. En Estados Unidos, se contaron ciento cuarenta títulos entre los cuales uno publicado... 19 días después de los atentados.

La operación de Al Qaeda en Estados Unidos incitó a ciertos expertos a una rápida reconversión. Ex-directora de asuntos estratégicos del Comisariado de la Energía Atómica, a la politóloga Thérèse Delpech se le encomienda, desde 2002, un estudio sobre “El terrorismo internacional y Europa” (9) en el cual prevé, con la mayor seriedad, un terrorismo nuclear del que conoce perfectamente las dificultades de ejecución, pero que presenta la ventaja de llamar la atención. Por el contrario, apenas hace alusión al atentado con ántrax que golpea Nueva York poco después del atentado al World Trade Center –el veneno provenía de un laboratorio militar estadounidense–. Dos décadas después, sus previsiones sobre los riesgos de proliferación en el Medio Oriente árabe resultaron erróneas...

El conflicto en Ucrania demuestra una vez más el rol central atribuido por los medios de comunicación al complejo militar-intelectual. “¿Qué hará Putin?”, “¿Está enfermo?”: estas dos preguntas planteadas una y otra vez a “expertos” que no saben nada del tema alimentan continuamente el belicismo de los estudios de televisión. ■

1. Fabrice Weissman (dir.), *À l'ombre des guerres justes: l'ordre international cannibale et l'action humanitaire*, Flammarion, Paris, 2003.

2. Sophie Eustache, “Absence d'enquêtes et bagarres de plateau, les recettes de l'information en continu”, *Le Monde diplomatique*, Paris, abril de 2021.

3. Matthieu Chillaud, *Les études stratégiques en France sous la Ve République; approche historiographique et analyse prosopographique*, L'Harmattan, Paris, 2020.

4. Thierry Kellner, Thomas Bondiguel, “Chine: L'impact des think tanks chinois spécialisés en relations internationales sur la politique étrangère de Pékin”, *diploweb.com*, 9-6-10.

5. Samuel Huntington, *El choque de civilizaciones*, Paidós, Barcelona, 1997.

6. Thomas P.M. Barnett, *The Pentagon's new map; war and peace in the twenty-first century*, Putman Publishing Group, Nueva York, 2004.

7. Renaud Corbeil, “L'influence des revues spécialisées sur la pensée politique américaine à la fin de la guerre froide: la déconstruction de l'ennemi soviétique, 1987-1993”, en *Bulletin d'histoire politique*, Montreal, Vol. 28, N° 1, otoño boreal de 2019.

8. Stéphane Cadiou, “Savoirs et action publique: un mariage de raison? L'expertise en chantier”, *Horizons stratégiques*, Paris, N° 1, primavera boreal de 2006.

9. Thérèse Delpech, “Le terrorisme international et l'Europe”, *Cahiers de Chaillot*, Paris, N° 56, diciembre de 2002.

*Ex alto funcionario francés, autor de la obra *Vendre la guerre. Le complexe militaro-intellectuel*, Éditions de l'Aube, mayo de 2022, del que este texto toma ciertos elementos.